

JAMES BOSWELL

Una visita a Voltaire y Rousseau

Edición a cargo de José Manuel de Prada-Samper



EDICIONES
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

ÍNDICE

- 15 Introducción
- 23 Boswell y Rousseau
- 59 Boswell y Voltaire

Una visita a Voltaire y Rousseau

INTRODUCCIÓN

Para mi madre, Loli de Prada

James Boswell es una de las figuras más singulares de las letras inglesas. Su obra maestra, *La vida de Samuel Johnson*, sin duda una de las biografías más notables que nunca se hayan escrito, tuvo el inconveniente de vincularlo *ad eternum* a la imponente personalidad de su biografiado, ocultando casi por completo la suya propia. Un azar del destino, sin embargo, vino a remediar esta situación. A partir de 1925, en el Castillo de Malahide, cerca de Dublín —a donde había ido a parar, por vía matrimonial, una biznieta de Boswell—, un coleccionista estadounidense, Ralph Isham, comenzó a comprar la parte del archivo del ilustre escritor que la familia había conservado. Parecía que aquello era todo cuanto se podía recuperar, pero en 1930, 1937 y 1939, se produjeron, también en el castillo, nuevos hallazgos. Este nuevo lote fue rápidamente adquirido por el propio Isham quien, ya a partir de 1928, había publicado, en una costosa edición limitada, los primeros documentos recuperados, entre ellos la parte relativa a Voltaire y Rousseau que aquí presentamos. Además, en 1930, en Fettercairn House, Kincardineshire, entre los papeles de Sir William Forbes, amigo y albacea literario de Boswell, aparecieron nuevos documentos del archivo del gran biógrafo. En 1949, todo este tesoro fue vendido a la Universidad de Yale, que también adquirió otro conjunto de manuscritos descubiertos en 1948 por el nuevo heredero de Malahide. Lo más relevante de este fabuloso hallazgo literario, uno de los más destacados del siglo xx, es que entre los documentos recuperados, además de mucha de la materia prima para la *Vida de Johnson* y el propio manuscrito

autógrafo de este libro, aparecieron los diarios del autor y un segmento considerable de su correspondencia. Todo esto, una vez publicada una parte sustancial de los manuscritos, nos permite hoy día ver en Boswell a uno de los grandes diaristas y epistológrafos de todos los tiempos, y nos faculta para valorar su personalidad y su quehacer literario independientemente de su vinculación con el Dr. Johnson.

*

James Boswell nació en Edimburgo, el 29 de octubre de 1740. Su padre, Alexander Boswell, *laird* de Auchinleck, en Ayrshire, era abogado desde 1749, y en 1754 entró a formar parte del Tribunal Superior de Edimburgo, con el título judicial, no hereditario, de lord Auchinleck. La familia de Boswell era antigua y estaba bien relacionada, lo que contribuyó a que el joven James experimentase desde su infancia la presión de la ambición familiar. Además, fue objeto de una severa educación calvinista, que dejó fuertemente marcados en su ánimo la noción de la predestinación y el miedo al Infierno. Ésta fue una de las causas por las que, durante toda su vida, Boswell sufriera frecuentes depresiones.

Entre 1753 y 1758 el joven James sigue el curso de artes de la Universidad de Edimburgo. Ya entonces, su conducta comienza a preocupar a su padre. Cuando regresa a la universidad en 1758, después de una fase depresiva, Boswell se interesa profundamente por el mundo del teatro, y llega a enamorarse de una actriz católica. Ante esto, lord Auchinleck cree conveniente enviarlo a la Universidad de Glasgow, donde Boswell, que estudiaba Derecho Civil, asiste con gran interés a las lecciones de Adam Smith. En la primavera de 1760, en una abierta rebelión contra la autoridad paterna, Boswell huye a Londres y se convierte al catolicismo, decisión esta última que, en aquella época, podría haber tenido graves consecuencias para su futuro profesional y social. Entre otras cosas, la conversión le hubiese incapacitado para ejercer la abogacía, aspirar a cargos públicos y, sobre todo, le hubiese impedido heredar las propiedades

de Auchinleck. Boswell, que por aquel entonces era de temperamento más bien ascético, acariciaba además la idea de ir a Francia e ingresar en un monasterio. Los detalles de todo este episodio, por lo demás, no están nada claros, pues el propio protagonista, en contra de su práctica habitual, no fue nunca muy explícito al respecto. Por fortuna, el destino, en forma del conde de Eglinton, un vecino de Ayrshire que residía a la sazón en Londres, sacó a Boswell del apuro. El conde persuadió al exaltado converso para que, entre el vetado catolicismo y el cerril calvinismo de sus padres, optara por la vía intermedia: el anglicanismo. Eglinton logró esto desmontando pieza por pieza el ascetismo del joven Boswell: dispuso su iniciación sexual, lo introdujo al más refinado libertinaje, y lo presentó a los círculos literarios y aristocráticos de Londres. En palabras de Frederick A. Pottle: “Durante varias delirantes semanas, Boswell se codeó con el joven y empecatado duque de York; asistió a la reunión primaveral, en Newmarket, del Jockey Club, y se convirtió en miembro de pleno derecho; conoció a Laurence Sterne, que se había convertido en la atracción literaria del momento gracias a la publicación de los dos primeros tomos de su *Tristram Shandy*, y fue halagado por él”.¹

En definitiva, aquellos tres meses en Londres fueron una gran revelación para Boswell, que descubrió la ciudad de sus amores y se descubrió a sí mismo. Puesto que los placeres mundanos y espirituales de la gran metrópolis le parecían irrenunciables, toma la decisión de residir permanentemente en ella, y solicita a través de sus flamantes amistades aristocráticas un nombramiento en la guardia de infantería acantonada en la ciudad. Finalmente, en mayo de ese mismo año, su propio padre debe ir a buscarlo a Londres, donde lo encuentra aquejado de gonorrea, enfermedad venérea que había de padecer muchas veces a lo largo de su vida.

De vuelta en Escocia, Boswell se ve obligado a estudiar derecho en la casa paterna, bajo la estricta vigilancia de lord Auchinleck. Éste

1 Frederick A. Pottle, en la introducción al *London Journal* de Boswell, Londres: Heinemann, 1950, pág. 7.

no quiso vetar tajantemente el proyecto de futuro militar de su hijo, pero tampoco ocultó su desagrado ante tal opción. Opinaba, no sin razón, que James terminaría por cansarse de semejante carrera, y que lo mejor para él era esperar uno o dos años, durante los cuales debía proseguir el estudio del Derecho. Boswell no se avino fácilmente a esto, pero terminó por ceder. A modo de compensación, con sus amigos de Edimburgo funda un especie de sociedad llamada *The Soaping Club* (algo así como “Club del enjabonado”) cuyo lema era “que cada uno enjabone su propia barba”, que, en jerga de la época, viene a significar, “haz lo que quieras”. Boswell se dedica también al galanteo, y a una desenfrenada actividad literaria (eso que en inglés se llama *scribbling*), que da lugar a una serie de producciones en verso y prosa, algunas de las cuales se llegaron a publicar, pero en las cuales no se aprecia ningún talento especial. Su camarada más frecuente de esos días es el honorable Andrew Erskine, un joven oficial de buena familia considerado por Boswell como uno de sus modelos. En esa época consolida la imagen que siempre habría de proyectar al mundo exterior, en la que lo aristocrático de su formación se combina con la exuberancia, la bufonería y el descaro.

Por esas fechas Boswell adquiere la mayoría de edad. Sigue empecinado en ingresar en la guardia de infantería, pero su padre se niega a comprarle el nombramiento. Lord Auchinleck, no obstante, le propone que, si pasa los exámenes de Derecho Civil incrementará su asignación anual y le permitirá viajar a Londres para obtener mediante influencias su anhelado nombramiento. Boswell aprueba los exámenes en julio de 1762, y en otoño de ese año toma la diligencia para Londres. Esta segunda estancia en la capital británica dura de noviembre de 1762 a agosto del año siguiente, y está marcada por el hecho de iniciarse entonces la redacción de sus diarios. Dichos diarios, dejando de lado la *Vida de Johnson*, son su verdadera obra maestra. Como se ha señalado más de una vez, en esas anotaciones Boswell no sólo satisface su ego (después de todo, él mismo fue siempre su principal tema de interés), sino que enriquece su existencia al recrearla y revivirla de nuevo a través de la palabra escrita. Aunque quizá sea cierto el reproche de que, en el

aspecto visual, sus diarios son pobres y no nos ofrecen una imagen gráfica de la vida del momento, lo cierto es que sí nos transmiten, con una fidelidad que supera a la de cualquier obra puramente literaria de la época, las *voces* del siglo XVIII, principalmente las de los círculos aristocráticos e instruidos pero también, en ocasiones, las del pueblo llano que frecuenta tabernas y mercados. Y es que, muchas veces, Boswell se erige en lo que Elias Canetti llamaría más tarde un “testigo oidor”, que “conoce todos los sitios donde hay algo que oír, lo registra bien y no olvida nada”.² Como ha dicho el gran crítico Cyril Connolly: “Al analizar el atractivo del siglo XVIII inglés apreciamos que éste se basa no en el lujo, la fantasía o el ceremonial propios de la época, sino en la simplicidad. Era un mundo pequeño, con menos gente, personas provistas de un concepto más atractivo de su importancia humana y con emociones más nítidas. Nos atrae por sus propiedades vivificantes, que se encuentran no en los aspectos externos, sino en la conversación, el amor, el afecto y la aventura. La amistad recíproca entre Boswell y Johnson y la interacción de sus talentos, que se compensaban entre sí, consituyen una de las grandes fuerzas vivificadoras de la literatura. En su *Vida de Johnson* Boswell se subordina a su héroe, que compendia la época en que vivió; en el *Diario* da plena prioridad a su atenta sensibilidad”.³

En su aspecto práctico, la estancia de Boswell resulta un fracaso pues, a pesar de moverse en círculos bastante elevados, no consigue que nadie le proporcione su ansiado nombramiento. Los tiempos no eran propicios. La Guerra de los Siete Años acaba de tocar a su fin, se están disolviendo regimientos y no hay demanda de militares. Pero Boswell obtiene algo mucho más importante. Le dicen que el día de Navidad Johnson participará en una tertulia en la trastienda del librero Davies. Boswell se presenta allí, pero Johnson, que ha tenido que partir hacia Oxford, no acude. Sí lo hace,

2 Elias Canetti, *Las voces de Marrakesch / El testigo oidor*, traducción de Juan José del Solar, Barcelona, Debolsillo, 2005, p. 153.

3 Cyril Connolly, “Boswell for the Defence”, en *Previous Convictions*, Londres, Hamish Hamilton, 1963, p. 139.

en cambio, Oliver Goldsmith, otro de los futuros entusiasmos de Boswell, pero que en aquel primer encuentro le parece un pedante y un petimetre. El 16 de mayo de 1763, en el mismo lugar, el joven escocés se sale con la suya y conoce por fin al gran escritor, cuyas obras admiraba enormemente. En ese encuentro, y en una visita posterior a la casa del gran talento, se cimenta la gran amistad que Boswell inmortalizará casi treinta años después con su biografía.

Por último, Boswell se convence de que no tiene nada que hacer en Londres, que su ingreso en la guardia de infantería es una quimera inalcanzable, y que no le queda más opción que plegarse a la voluntad de su padre. Sin embargo, llega con él al acuerdo de que ese mismo invierno lo pasará en Utrecht estudiando Derecho Civil, y luego hará un modesto recorrido por Europa.

El invierno holandés de Boswell es uno de los peores de su vida. Avanza en sus estudios y logra mantener una conducta irreprochable, pero se siente dominado por una fuerte depresión. Se da cuenta de que la vida sobria y virtuosa no está hecha para él, y esto lo mortifica. Finalmente, en junio de 1764, terminado el curso, Boswell inicia su *Grand Tour*, cuyo fruto más importante serán los diálogos con Rousseau y Voltaire que incluimos aquí. De Utrecht viaja a Berlín, pero no logra entrevistarse con Federico el Grande, en la que es quizá la mayor de sus derrotas sociales, si no la única. Visita con más éxito otras cortes alemanas. Come en la mesa del Landgrave de Hesse-Kassel, y en la del duque de Saxonia-Gotha; en la corte de Anhalt-Dessau participa en una cacería con el príncipe Dietrich. En Karlsruhe entabla amistad con el margrave de Baden-Durlach, con el que llega a intercambiar alguna carta. Finalmente, en diciembre de 1764, entra en Suiza. A partir de este momento se inicia la sección del diario que, con otros materiales complementarios, se podrá leer a continuación y, por tanto, no resumiremos aquí. En enero de 1765 Boswell cruza los Alpes y entra en Italia. Una vez allí, se dedica a su habitual cacería de mujeres y personalidades célebres. En octubre y noviembre visita la isla de Córcega, a la sazón levantada en armas contra el dominio genovés. Allí conoce al líder revolucionario corso, Pasquale de Paoli, con el

que entabla una sólida amistad. De Córcega Boswell pasa a Génova y de allí a Francia. En enero de 1766 lee en un periódico que su madre ha muerto, y apresura su regreso.

A partir de este momento, con pocas excepciones, la vida de Boswell entra de lleno en lo rutinario. En julio de 1766 es admitido en el Colegio de Abogados de Edimburgo, y comienza a ejercer, con más o menos éxito, la profesión jurídica, aunque le incomoda que sea su propio padre quien juzgue muchas de sus causas. Es por esta época cuando comienza a aficionarse a la bebida. Los prolongados periodos vacacionales de que disfruta los aprovecha en ocasiones para viajar a Londres y retomar sus contactos con los círculos literarios de la capital, en especial con Samuel Johnson, cuyas conversaciones anota fielmente en su diario. En 1768 publica su *Relación sobre Córcega: Diario de un recorrido por esa isla y memorias de Pascal Paoli*, que le proporciona una fama inmediata. En 1769 se casa con Margaret Montgomerie, una prima suya. Este enlace decepciona profundamente a lord Auchinleck, pues no trae consigo ni tierras ni dinero. Los primeros años del matrimonio son tranquilos. Boswell espera obtener en el futuro un escaño parlamentario, o algún tipo de puesto gubernativo. En todo caso, confía en entrar en la judicatura escocesa. En 1773, durante una de sus escapadas a Londres, es admitido en el círculo literario que el pintor sir Joshua Reynolds había formado en torno al Dr. Johnson, el famoso *Club*. A fines de ese mismo año él y Johnson realizan una prolongada excursión por las Hébridas, que dará frutos literarios para ambos.

Hacia 1776 Boswell comienza a darse cuenta de que sus proyectos de carrera política no estaban destinados a fructificar. Un intento de introducirse en esa esfera se salda con el fracaso. Su alcoholismo se agudiza y, cuando, por el motivo que sea, está alejado de su mujer, recurre con frecuencia a las prostitutas. Ambas actividades, por cierto, figuran sin ningún reparo en los diarios que escribe de tanto en tanto. Otros intentos de lograr un cargo en la administración que le permita residir permanentemente en Londres no dan fruto alguno y, aunque en 1782 hereda por fin las propiedades de Auchinleck, Boswell no logra sentirse satisfecho. Está empeñado en que sólo en

Londres podrá ser feliz y, falsamente convencido de que su ejercicio del Derecho tendrá más éxito en Inglaterra, comienza a gestionar su traslado a la abogacía inglesa, cosa nada fácil, pues en aquella época, como ahora, los sistemas jurídicos de Inglaterra y Escocia eran distintos y pasar de uno a otro requería un complicado proceso.

Samuel Johnson muere el 13 de diciembre de 1784 y Boswell decide emprender la redacción de su biografía, proyecto que ya había comentado muchas veces en años anteriores con el propio interesado. Sin embargo, como primera entrega de este trabajo, resuelve dar a la imprenta una versión revisada y expurgada de su diario del viaje a las Hébridas. Con el título de *Diario de un recorrido por las Hébridas con Samuel Johnson*, el libro aparece en 1785 y es un éxito inmediato. Al año siguiente, Boswell logra entrar en la abogacía londinense y se traslada a la capital británica. Como era de esperar, apenas si se le presentan casos, y dedica todos sus esfuerzos a redactar la biografía de Johnson. Mientras, su mujer cae enferma, y a él se le presenta una inesperada posibilidad de carrera política gracias al patronazgo del conde de Lonsdale. Así, aunque su mujer le pide insistentemente que vuelvan a Auchinleck, él persiste en quedarse, para acabar la biografía de Johnson y no alejarse de su protector. El 4 de junio de 1784, durante una de las muchas ausencias de su marido, la señora Boswell muere. Por otra parte, las relaciones de Boswell con el conde de Lonsdale terminan por deteriorarse, y nada sale de aquello.

La vida de Samuel Johnson aparece en 1791, y no tarda en imponerse a otras biografías aparecidas anteriormente. Boswell disfruta de su fama literaria, pero no por ello deja de sentirse un fracasado, y sus últimos años están dominados por la desdicha. En 1793 revisa la segunda edición de la *Vida*. Muere el 19 de mayo de 1795, cuando trabajaba en la revisión de una tercera.

Cuando Boswell fue a verlo a su retiro de Môtiers, Jean Jacques Rousseau tenía cincuenta y dos años. Había nacido en Ginebra en 1712 y, antes de publicar las obras con las que revolucionaría el pensamiento de su siglo, había pasado treinta y ocho años de oscuridad como lacayo, maestro, copista de partituras, y otras tareas por

el estilo. Sus tres obras fundamentales, *La nueva Eloísa*, *Emilio* y *El contrato social*, se habían publicado en un breve periodo de 18 meses entre 1761 y 1762, y habían hecho de la suya una de las plumas más influyentes de su momento. La aparición del *Emilio* en mayo de 1762 le obligó a salir apresuradamente de París y refugiarse en territorio del estado de Berna, desde donde, a causa de la condena ginebrina del libro, debe escapar a Môtiers, un pueblecito montañoso en el territorio de Neuchâtel. En aquella época, Neuchâtel estaba bajo la soberanía del rey de Prusia y tenía por gobernador a lord Marischal, amigo y protector del filósofo. Môtiers fue para Rousseau el refugio ideal, pues le brindaba el aislamiento necesario para concentrarse por completo en su obra y llevar la áscetica vida de eremita a la que había decidido entregarse. Rousseau podría haberse quedado indefinidamente en este refugio, pero su naturaleza pugnaz le hizo volver a meterse en sus viejas polémicas, alienándose al gobierno de Ginebra y suscitando nuevas persecuciones. A finales de 1764, poco después de la visita de Boswell, apareció *Sentiment des citoyens*, el escrito de Voltaire en el que ataca algunos aspectos de la vida privada de Rousseau, y que afectó tremendamente al “filósofo salvaje”, obligándole poco después a dejar Môtiers. En 1766, después de detenerse en distintos lugares, Rousseau viaja a Londres en compañía del filósofo David Hume. Boswell le sigue poco tiempo después, con el encargo de escoltar hasta la capital inglesa a Thérèse Le Vasseur, su amante, a quien horrorizaba la idea de hacer sola el viaje. Boswell cumplió su cometido con un celo quizá excesivo. Su confraternización con la amante de su idolatrado amigo derivó en una breve relación amorosa de la que se sabe muy poco, a causa de la censura impuesta por los descendientes de Boswell a la parte correspondiente de sus diarios. No sabemos si Rousseau llegó a sospechar alguna vez del asunto, pero sí es cierto que, poco después, las relaciones entre él y Boswell se deterioraron y la reputación no se hizo de esperar.

Si la fama de Rousseau, en la época de la visita de Boswell era relativamente reciente, no sucedía así con la de François Marie Arouet, más conocido como Voltaire. Éste tenía entonces 72 años y era el escritor más célebre de su época. Voltaire residía en Ferney

desde 1758, en lo que era territorio francés, a pocos kilómetros de Ginebra. Era entonces un hombre muy rico que llevaba una vida aristocrática, gracias a su habilidad para los negocios y, como no, a su pluma. Si en Môtiers Boswell es recibido con sobriedad espartana por un ermitaño que vive en la soledad con su compañera, en Ferney es agasajado principescamente en una mansión atestada de gente, en la que él es uno de tantos invitados aunque, como se verá, sabe arreglárselas muy bien para monopolizar al gran genio.

Todo indica que, antes del otoño de 1764 Boswell había leído poco o nada de la obra de Rousseau. Parece que su intención de entrevistarse con el “filósofo salvaje” obedecía más que nada a su deseo de añadir un famoso más a su lista de éxitos sociales. Las primeras lecturas que hace de sus libros son, pues, un modo de prepararse para la gran entrevista. Tenía que reunir datos para poder hacer preguntas interesantes y justificar el encuentro. Sin embargo, parece que, a medida que fue introduciéndose en ella, la obra del filósofo le subyugó más y más, y terminó por convertirse en un discípulo convencido del pensador ginebrino. De modo que, cuando llega el gran momento, Boswell acude a Rousseau como un discípulo a su maestro, dispuesto a manifestarle su incondicional admiración, sí, pero también a hacerle escuchar el relato de su vida extraordinaria, y a pedirle consejo sobre cómo enderezar su existencia. Es por ello que sus conversaciones con Rousseau tienen un tono personal que revela mucho sobre la compleja personalidad de Boswell.

En cuanto a las conversaciones con Voltaire, éstas participan de una naturaleza distinta. En ellas sí que vemos al Boswell que busca codearse con las grandes luminarias de su tiempo. Devoto creyente, las doctrinas deístas del gran escritor escéptico no podían atraerle más que por su carácter provocador y, como se verá, no duda en polemizar con él sobre la inmortalidad del alma y otras sutilezas doctrinales. El carácter más “público” de los diálogos de Boswell con Voltaire queda recalcado por el hecho de que llegase a pensar en publicarlos algún día en una revista, cosa que finalmente no hizo.

Se ha dicho de Boswell que era un snob y que su diario está en perfecta sintonía con la comedia de costumbres que tanto se cultivó

en su siglo. Algo de verdad hay en esto. Boswell, aquejado siempre de una honda inseguridad personal, intentó toda su vida afirmar su valía a fuerza de buscar el trato y el aprecio de personas distinguidas, fuera en el campo de la política, la literatura o, como en este caso, la filosofía. Al hacerlo, va convirtiendo la historia de su vida en una delicada comedia, referida siempre con rigor, medida y un estilo depurado. No puedo sino estar de acuerdo con el antes citado Cyril Connolly cuando dice que “el lugar de Boswell está entre los comediantes divinos”. Las páginas en las que Boswell intenta por todos los medios interesar al “filósofo salvaje” en sus angustias personales ilustran esto a la perfección. Espero sinceramente que el texto que sigue, además de ser apreciado por su alto valor como documento para acceder a las figuras de Voltaire y Rousseau, sirva para introducir al lector a la figura de su autor, una de las personalidades más notables de su época, que nos ha dejado, en su extenso *Diario*, un retrato completísimo de su compleja personalidad, y una obra maestra digna de ser leída y admirada.

Creo que estos apuntes son suficientes para abordar un texto que, como casi todos los de su autor, tiene la virtud de explicarse excelentemente a sí mismo. Antes de dejarle la palabra quisiera decir que lo que sigue es un extracto de su diario suizo. Éste ha sido dado a la imprenta en dos ocasiones. La primera, a cargo de Geoffrey Scott, en el volumen cuarto de los *Private Papers of James Boswell*, la edición privada de los diarios y cartas de Boswell, costeada por el entonces propietario de los manuscritos, Ralph Isham, cuya publicación se inició en 1928. La segunda en la tercera entrega de la edición comercial íntegra de los diarios de Boswell, publicada por Heinemann en Londres en 1953 con el título, *Boswell on the Grand Tour: Germany and Switzerland*, en edición a cargo de Frederick A. Pottle. Para esta traducción he tenido en cuenta ambas ediciones, y gustosamente cumplo con mi obligación de reconocer mi deuda con ellas, tanto para la introducción como para las notas.